

FRONTERA Y PERIFERIA AL NORTE DE EL ARGAR

Los Estados nación y sus fronteras determinan nuestra percepción del mundo actual, pero también nuestras condiciones materiales de vida. Cualquier Estado, actual o antiguo, necesita gobernar sobre un territorio claramente delimitado, y las fronteras responden a este mecanismo de apropiación y control del espacio social.

Desde la arqueología tenemos la oportunidad reveladora de estudiar como los primeros Estados desarrollaron e impusieron los primeros límites políticos. Es crucial tener en cuenta, tal y como nos recuerdan antropólogos como Pierre Clastres o James Scott, que las sociedades al margen de los Estados suelen ser conscientes de lo que implica la dominación por parte de un Estado y, muy frecuentemente, desarrollan estrategias de resistencia a su dominación. Es por eso que los Estados primigenios no pueden estudiarse “en un vacío”, sin tener en cuenta las consecuencias de su aparición para las sociedades de su alrededor.

El Argar, siendo uno de los primeros Estados en Europa y con una marcada trayectoria expansionista, ofrece una oportunidad única para entender la génesis y las problemáticas de las primeras fronteras. La zona del valle del Segura, específicamente en el curso alto y medio de este río, es especialmente adecuada para ello puesto que durante la Edad del Bronce Antiguo esta región se encontraba en la confluencia de tres grupos arqueológicos: el Estado argárico al sur, y los grupos del Bronce de la Mancha al norte y noroeste, y el Bronce Valenciano al noreste.

La investigación arqueológica en esta zona previamente infra-estudiada, ha permitido arrojar algo de luz sobre la estructuración a nivel social, económico y político de esta frontera prehistórica. Todo esto se ha basado en los resultados obtenidos de una campaña de prospección arqueológica extensiva sobre un área de unos 4800 km². Gracias a ello 71 asentamientos ocupados durante la Edad del Bronce Antiguo pudieron ser documentados y sus materiales arqueológicos estudiados.

La organización espacial de los asentamientos del alto y medio Segura y su localización topográfica son muy similares en toda el área de estudio. La gran mayoría de ellos se encuentra en las cimas y laderas superiores de cerros y se encuentran a una considerable altitud relativa que, de media, alcanza casi los 100 m (Fig. 3, A y B). Los cerros ocupados normalmente se regularizan por medio de terrazas artificiales que, además proporcionan a los asentamientos de una primera línea de protección. En algunos casos excepcionales se han encontrado verdaderas fortificaciones, destacando las de Los Molinicos (Moratalla, Murcia) (Fig. 1), y La Placica de Armas (Caravaca de la Cruz, Murcia). Este proceso de desplazamiento hacia posiciones elevadas y escarpadas y/o la protección de los asentamientos con estructuras defensivas ha sido definido como “enrocamiento” y, como veremos, es común en todo el cuadrante sureste Peninsular.

A pesar de sus similitudes, los asentamientos fronterizos del Segura presentan diferencias significativas por lo que se refiere a su tamaño y distribución geográfica. En la franja sur, más próxima al área nuclear de El Argar, los asentamientos son más grandes pero menos numerosos, prueba de ello es que los únicos poblados de más de 1 hectárea de superficie se encuentran precisamente en esta zona. Contrariamente, en la mitad norte del área de estudio el número de asentamientos es mayor pero sus dimensiones raramente superan las 0,1 hectáreas. Estas diferencias parecen ser el resultado de dos patrones de asentamiento netamente diferenciados, uno claramente tendente a la atomización en la mitad norte y otro a la nuclearización en grandes centros en la mitad sur.

Más allá de los asentamientos, los materiales y estructuras arqueológicas encontrados en ellos han sido claves a la hora de reconstruir la vida de las comunidades que ocuparon este espacio fronterizo. Un elemento muy revelador ha sido la presencia o ausencia de tumbas que siguieran el ritual argárico, consistente en la inhumación individual o doble al interior de las viviendas. Aquí también se observa un claro gradiente norte-sur con un número de tumbas mucho mayor en el centro y sur del área de estudio. Además, en la mitad sur se han excavado algunas tumbas, como la tumba 1 del Cerro Morrón, la tumba del corte F85 de Los Molinicos o la tumba 4 del Cerro de las Víboras, cuyos ajuares son perfectamente homologables con los de las élites argáricas de la zona nuclear. En la zona norte, por el contrario, las inhumaciones individuales bajo poblado son mucho menos abundantes. Además, en este sector se han detectado también rituales funerarios distintos a los típicamente argáricos como una necrópolis fuera de la zona de poblado y un posible enterramiento colectivo.

Si a lo expuesto anteriormente le sumamos la información que nos aportan los materiales arqueológicos, es posible hacernos una idea de la organización social y política de la frontera septentrional argárica. A grandes rasgos, el alto y medio Segura puede dividirse en tres grandes zonas siguiendo, otra vez, un eje norte-sur. Los materiales arqueológicos en el tercio sur, son mayoritariamente argáricos e incluyen elementos idiosincráticos del El Argar, como vasos cerámicos carenados (tulipas), copas, ornamentos en plata y armas, específicamente dos espadas cortas encontradas en Cerro de las Víboras y el Cerro Morrón. Todo apunta a que el tercio meridional del alto y medio Segura pueda considerarse como completamente integrado en el territorio argárico, como mínimo a partir del 1800 cal ANE.

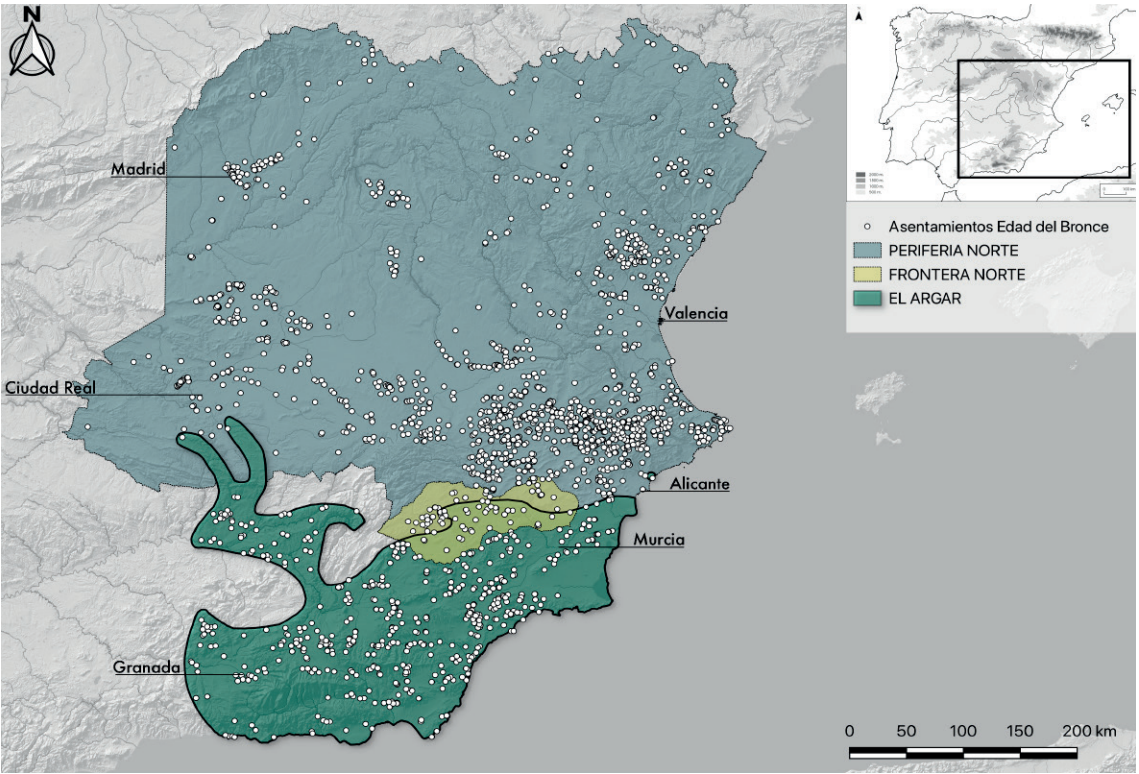
El centro de la zona de estudio se caracteriza por la convivencia en un área relativamente reducida de asentamientos con cantidades significativas de materiales argáricos con otros en los que estos son prácticamente ausentes. Pese a esta aparente aleatoriedad se ha podido comprobar que la mayoría de materiales argáricos se concentran en algunos yacimientos concretos de mayores dimensiones mientras que, en los de menor tamaño la presencia argárica es mucho más tenue. Esta región puede considerarse una frontera en sentido estricto y representaría el área de máxima expansión argárica. Un área que, sin embargo, nunca llega a estar completamente “argarizada”.

Por último, el tercio septentrional del alto y medio Segura se corresponde a un territorio no argárico, donde los materiales de este grupo son excepcionales y los asentamientos raramente superan los 1000 m² siguiendo un patrón extremadamente atomizado. La casi total ausencia de inhumaciones individuales, así como de los elementos materiales característicos de las élites argáricas indican una estructura social mucho más horizontal. Esta diferenciación tan clara a nivel de estructura social provocó que zonas como el Altiplano murciano, inmediatamente al noreste del alto y medio Segura, estuvieran separadas del territorio argárico por una “tierra de nadie” completamente vacía de asentamientos humanos.

Si la situación en la frontera argárica aparece de compleja lectura, llena de matices y en continua evolución debido al contacto directo y persistente con El Argar, los territorios al norte de la frontera muestran una mayor homogeneidad en cuanto a estrategias de asentamiento, materialidad social, organización económica y rituales funerarios.

En la actualidad, las periferias de los Estados se connotan como espacios altamente dinámicos, debido a la huida de la población explotada del centro hacia la periferia, la constante necesidad por parte de las sociedades industriales de materias primas y fuerza de trabajo, así como por la demanda de las élites locales emergentes en la periferia de productos de alto valor social. Para investigar estos fenómenos a partir de la prehistoria, se ha estudiado un amplio cuadrante de la península ibérica que se extiende longitudinalmente desde los Montes de Toledo hasta el Mediterráneo, y latitudinalmente desde la frontera argárica hasta el Ebro y la cadena montañosa formada por el Sistema Central y el Sistema Ibérico. El inventario de 1445 asentamientos de la Edad del Bronce ha permitido arrojar luz, por primera vez, sobre las grandes dinámicas sociales y económicas que caracterizaron la periferia al norte del Estado.

FIG. 1
Mapa de la frontera y la periferia
al norte de El Argar.



Entre 2200-1550 ANE, el colapso y la fragmentación de las sociedades calcolíticas se traduce al norte de El Argar en un patrón de poblamiento marcadamente disperso. La mayoría de los poblados calcolíticos cae en abandono y se asiste a la proliferación de micro-aldeas de menos 1000 m² donde se calcula que podían vivir solo pocas decenas de habitantes. La práctica totalidad de los asentamientos son nuevas fundaciones, y los datos cronológicos nos indican que cada ocupación duró una media de 125-170 años, es decir, entre cuatro y seis generaciones conforme a la esperanza de vida generalmente admitida para la Edad del Bronce.

Una de las principales diferencias de la periferia con respecto a El Argar es la ausencia de centros destacados y de un cualquier tipo de dinámica nuclearizante, centralizante o jerarquizante entre los centenares de asentamientos conocidos.

La principal preocupación de las comunidades vecinas de El Argar consistía en protegerse en posiciones elevadas y encaramadas, a menudo defendiéndose con muros y barreras arquitectónicas de piedra. Esta propensión al enrocamiento se hace evidente si se analizan las formas, topografías y arquitecturas de los asentamientos sobre todo en la periferia inmediatamente al norte del Estado argárico: en la llanura manchega, donde escasean los cerros aislados, se desarrolla la llamada “Cultura de las Motillas” caracterizada por una serie de poblados fortificados en llano rodeados por entre una y tres líneas de murallas concéntricas, como por ejemplo la Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real) (Fig. 3, D), la Motilla del Retamar (Argamasilla de Alba, Ciudad Real) o la Motilla del Acequión (Albacete); en La Mancha oriental proliferan los poblados de altura, que ocupan las mejores elevaciones disponibles para mantener un control visual sobre la llanura y donde muy frecuentemente se defiende el asentamiento con murallas circulares, como por ejemplo en la Morra del Quintanar (Munera, Albacete) y en el Cerro del Cuchillo (Almansa, Albacete), o construyendo barreras de piedra en el único lado accesible, como es el caso del Talayón de Játiva (Almansa, Albacete) (Fig. 3, C) donde se aprovechó un pequeño espolón de 300 m² aislándolo del resto del cerro con un muro de cierre; en el llamado Bronce Valenciano (desde Alicante hasta Castellón) predomina el patrón de asentamiento en altura, con o sin fortificaciones de piedra, y sobre todo con emplazamientos en cotas altas como sería el caso de la Mola Alta de Serelles (Alcoy, Alicante), Pic dels Corbs (Sagunto, Valencia) (Fig. 4) y Tossal de Mortorum (Cabanes, Castellón), respectivamente a 200, 130 y 160 metros sobre el nivel del valle.

Los costes humanos y energéticos diarios asumidos por las comunidades que habitaron los poblados en altura (desplazamiento entre localizaciones extremas, transporte de materias primas, herramientas y productos a lugares de difícil acceso, acondicionamiento del terreno para el emplazamiento de las viviendas sobre terrazas, construcción de cisternas o pozos para la captación de agua) y los costes sociales de las obras colectivas de los poblados fortificados (construcción de murallas de piedra, pozos fortificados y grandes silos de mampostería) difícilmente pueden explicarse en un contexto de supuesta paz social. Estas estrategias de asentamiento resultan aún más extraordinarias si se considera la escasa mano de obra que las micro-aldeas tenían a disposición: con menos habitantes, se necesitan más horas de trabajo per cápita para construir una muralla, una cisterna o una terraza de piedra.

Si la inestabilidad de las ocupaciones, las formas, tamaños y localizaciones de los asentamientos revelan la preocupación de la mayoría de la población inmediatamente al norte de El Argar por sobrevivir en un clima de tensión social y violencia latente, la intensidad del enrocamiento y la atomización nos indican que el foco de tensión podía ser precisamente el Estado argárico.

En esta zona se observa claramente una franja latitudinal de poblados fortificados (tanto en altura como en llanura) que se extiende sin solución de continuidad desde el Mediterráneo hasta La Mancha occidental, separando el Estado argárico del centro-norte peninsular. Es más, entre Albacete oriental y Alicante se observa la mayor concentración poblacional, las mayores alturas relativas de asentamiento (hasta 200 y 450 m) y los índices más altos de atomización y enrocamiento de toda la periferia septentrional de El Argar. Estas dinámicas han sido interpretadas como un fenómeno de atracción y resistencia típico de las relaciones centro-periferia.

En cambio, hacia el norte, sobre todo en el territorio meseteño entre el norte de Ciudad Real hasta Madrid y Guadalajara, puede observarse un amplio territorio caracterizado por poblados abiertos en llano (los llamados campos de hoyos), donde los indicadores de tensión o violencia (barreras naturales o artificiales) disminuyen progresivamente hasta casi desaparecer. Entre Guadalajara, Cuenca y Teruel los poblados en altura son la mayoría, pero con índices de enrocamiento relativamente más bajos, es decir, con emplazamientos en cotas más bajas y con menos fortificaciones.

La materialidad social en la periferia tiende a la homogeneidad. Los artefactos más abundantes están relacionados con el cultivo, almacenamiento y transformación de cereales, seguidos por las herramientas vinculadas con la tala de madera, la caza y el procesamiento de animales. En este sentido, la autosuficiencia alimentaria tenía que ser una prioridad diaria para los vecinos al norte de El Argar.

Los abundantes dientes de hoz en los asentamientos (tanto en altura como en llanura) indicaría una gestión local de la cosecha, con una clara finalidad hacia la autoproducción y al autoabastecimiento. Esto marca una diferencia sustancial con respecto a la gestión estatal de la producción observada en los grandes asentamientos argáricos como La Bastida (Totana, Murcia), donde frente a una población de más de 1000 habitantes hay una gran escasez de dientes de hoz, aunque se han hallado talleres especializados para el almacenaje y la molienda.



FIG. 2
Vista aérea del yacimiento de Los Molinicos (Moratalla, Murcia), claro ejemplo de un asentamiento argárico en la frontera del Alto y medio Segura.



FIG. 3
Vistas aéreas y panorámicas de cuatro asentamientos en la frontera (a-b) y la periferia (c-d) del Estado argárico: a) Cerro Salmerón (Moratalla, Murcia); b) Los Cabecicos (Jumilla, Murcia); c) Talayón de Játiva (Almansa, Albacete); d) Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real).

FIG. 4
Vista aérea del Pic dels Corbs (Sagunto, Valencia), yacimiento prototípico del llamado Bronce Valenciano.

Si bien las técnicas de fundición y forja de metales eran conocidos en toda la periferia, el abastecimiento de cobre debió ser más limitado para las comunidades periféricas a medida que nos alejamos de El Argar. La circulación del marfil debió ser todavía más limitada: los pocos talleres con materia prima se localizan exclusivamente en los asentamientos de la franja más inmediata al territorio argárico, mientras que las preformas y los productos acabados se difunden radialmente hacia la costa levantina y la llanura manchega perdiendo progresivamente de intensidad.

En la periferia se observa una disponibilidad generalizada de medios de violencia no especializados, como puntas de flecha de sílex, hueso y cobre, hachas de piedra y cobre. En cambio las alabardas, que caracterizan la clase guerrera argárica, no suelen formar parte del armamento de las comunidades al norte de El Argar que en caso de enfrentamiento utilizarían armas no especializadas y polivalentes como las hachas y las flechas.

A diferencia de la frontera en el alto y medio Segura, la periferia del Estado argárico se caracteriza por una absoluta impermeabilidad a la materialidad, tecnología y aspectos culturales argáricos: a nivel de producción cerámica, por ejemplo, se utilizan exclusivamente arcillas carbonáticas y faltan por completo los vasos carenados (tulipas) y las copas argáricas; las inhumaciones intramurales, típicas de El Argar y presentes en algunos asentamientos en la frontera, son absolutamente esporádicas en las costumbres funerarias de los vecinos del norte.

En conclusión, las profundas transformaciones experimentadas por las sociedades del Bronce Antiguo en todo el cuadrante Sureste peninsular deben hacernos reflexionar sobre la disrupción que supuso la aparición del estado Argárico. Estas transformaciones no fueron homogéneas, sino que variaron en función a su distancia del núcleo estatal: en sus límites directos aparecieron fronteras políticas como la del alto y medio Segura, mientras que los grupos de las zonas colindantes se observan patrones marcados por el enrocamiento y la atomización como estrategia de resistencia social al Estado, las cuales se difuminan gradualmente conforme crece la distancia con El Argar.

Clastres, P. (1974/1989): *Society against the state*. Zone Books, New York.

Moreno Gil, A. (2024): *En Prensa. The construction of an Early Bronze Age border: The El Argar borderlands in the middle and upper Segura valley, Southeast Spain (2200-1550 BCE)*. Sidestone Press.

Peres, M., Risch, R. (2022): Espacios y fuerzas sociales en el centro y el este de la Península Ibérica entre 2200 y 1550 ANE: una aproximación macroespacial. *Trabajos de Prehistoria* 79: 47-66. <https://doi.org/10.3989/tp.2022.12286>

Peres, M., Risch, R. (2023): Fuerzas productivas y relaciones de producción en el centro y el este de la península ibérica entre 2200 y 1550 ANE. *Trabajos de Prehistoria* 80(2): e20. <https://doi.org/10.3989/tp.2023.12334>

Scott, J.C. (2009): *The art of not being governed: an anarchist history of upland Southeast Asia*. Yale University Press.